

SEGUNDAS JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA SOCIAL
13, 14 y 15 de mayo de 2009
La Falda, Córdoba - Argentina

Mesa 9: El mundo de los trabajadores: espacios, actores, cultura y conflictos

Autor: Rojkind, Inés

Inserción institucional: CONICET/PEHESA-UBA

Situación de revista: Becaria postdoctoral

Dirección Particular: Lambaré 1140, 6to piso, departamento A, ciudad de Buenos Aires (1185). E-mail: ineroj@yahoo.com.ar

Dirección Institucional: 25 de Mayo 221, 2do piso, ciudad de Buenos Aires (1002). E-mail: ravigna@mail.retina.ar

Título:

La protesta en la calle. Visibilidad de la *cuestión social* en la ciudad del novecientos*

El problema de la configuración de la denominada “cuestión social” en la Argentina ha sido objeto de múltiples y variados abordajes en los últimos años.¹ Tomando como referencia ese desarrollo temático e historiográfico, esta ponencia se propone repasar algunos aspectos vinculados con el proceso que en la ciudad de Buenos Aires llevó a la emergencia de la conflictividad social (entendida fundamentalmente como conflictividad laboral) a comienzos del 1900. Puesto que se busca explorar particularmente los primeros signos de la cristalización de una *presencia pública obrera*,² el texto se organiza en torno al análisis de una serie de acontecimientos que contribuyeron a plasmar en la geografía urbana la visibilidad hasta entonces inédita que adquirieron los reclamos de los trabajadores. Sin desconocer la importancia de la huelga en tanto herramienta de lucha, se procura resaltar otra forma de canalizar el conflicto laboral como era la ocupación del espacio público a través de movilizaciones, concentraciones y acciones callejeras mediante las cuales la protesta trascendía el ámbito cerrado de la fábrica o el taller.

En el marco de esa preocupación, dos son los objetivos que articulan el trabajo. Por un lado, avanzar en el examen de las diferentes concepciones que las corrientes obreras (anarquista y socialista) mantenían respecto del uso de la calle. El debate sobre

*Esta ponencia forma parte de los resultados de una investigación que cuenta con el apoyo de CONICET (bajo la forma de una beca postdoctoral) y de la Universidad de Buenos Aires (en el marco del programa UBACyT).

¹ Juan Suriano (comp.), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena, 2000.

² Silvia Sigal, *La Plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006, p. 200.

las estrategias de intervención política y de transformación social que debían desarrollar los trabajadores abarcaba también esta cuestión y atravesaba, por lo tanto, no sólo el contenido sino igualmente las modalidades y los sentidos que cada grupo intentaba otorgarle al despliegue de sus respectivas fuerzas en el escenario de la ciudad. Por el otro lado, la ponencia se propone revisar el surgimiento de ciertas imágenes que suscitaba la manifestación pública de la protesta obrera, así como la traducción que las mismas tendían a encontrar en medidas y acciones concretas. Me refiero a la mutación que, como es sabido, condujo de la curiosidad y la simpatía con que en un principio eran contempladas las demostraciones obreras al recelo que rápidamente se adueñó de amplios sectores de la elite dirigente y de la sociedad porteña frente al agravamiento de los conflictos. Pero pretendo, asimismo, subrayar un aspecto que ha permanecido escasamente considerado. Se trata de la relevancia que alcanzó en determinada franja de la llamada “prensa burguesa” el discurso que de modo explícito y efusivo reivindicaba la legitimidad del derecho que poseían los trabajadores a reclamar, incluso por la fuerza, contra la indiferencia que prevalecía en las esferas gubernamentales respecto de los problemas que los afectaban y contra la violencia con que esas mismas autoridades intentaban aplacar las expresiones cada vez más frecuentes del “malestar obrero”.

El mundo del trabajo urbano en Buenos Aires

Antes de avanzar sobre el análisis de estas cuestiones, sin embargo, es necesario repasar muy sucintamente (y tan sólo a modo de presentación del escenario y de los actores) algunas de las principales características que ofrecía hacia el novecientos el mundo del trabajo urbano en la ciudad de Buenos Aires. Compuesto en su mayoría por inmigrantes extranjeros, constituía –como varias veces ha sido señalado— un entorno “amplio, peculiar y heterogéneo”.³ No solamente atravesaban a esa población diferencias lingüísticas, étnicas y culturales, sino que el espectro de las ocupaciones en que se empleaban era igualmente muy variado. Las oportunidades de trabajo dependían –estrechamente— de las tareas vinculadas con el transporte, la construcción y los servicios. Al mismo tiempo, sin embargo, la actividad manufacturera cobraba creciente importancia en tanto generadora de empleo. Se había verificado en la década de 1890 un limitado pero sostenido crecimiento industrial, como consecuencia del cual habían surgido en Buenos Aires algunas grandes y modernas fábricas que demandaban una

³ Mirta Lobato y Juan Suriano, *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: FCE, p. 22.

cantidad creciente de obreros no calificados. Junto con ellas, continuaban operando centenares de medianos y pequeños talleres que funcionaban con un régimen de explotación familiar de la mano de obra.⁴

El trabajo urbano estaba muchas veces sometido a la incertidumbre propia de un mercado laboral que demandaba fundamentalmente un elevado número de trabajadores no especializados y altamente móviles. La heterogeneidad y la irregularidad que caracterizaban al mercado de trabajo derivaban en situaciones laborales igualmente disímiles, lo cual —a su vez— afectaba la capacidad de negociación y de presión que poseían los trabajadores de cada rubro y que se reforzaba, previsiblemente, en el caso de las ocupaciones que gozaban de una importancia estratégica para el funcionamiento de la actividad exportadora (ferroviarios, marineros, estibadores, carreros, entre otros). Con todo, y por encima de las diferencias, quienes dependían de un salario para su subsistencia compartían, en mayor o en menor grado, las dificultades, las necesidades y los anhelos de una existencia signada por el desarraigo, la explotación y la esperanza muchas veces frustrada de mejoramiento social. Junto con las deficientes condiciones de vida que trabajadores y sus familias debían soportar de manera cotidiana en la gran urbe, eran los problemas intrínsecos a la situación laboral las causas que alimentaban el “malestar obrero”: las bajas remuneraciones, las multas y reducciones salariales, las jornadas abrumadoras, la amenaza del desempleo, etcétera.⁵

La manera de canalizar ese malestar era, en primer lugar, a través de las huelgas, cuya reiteración se ligaba, además, con la ascendente influencia que detentaban los sindicatos controlados por militantes anarquistas y, en menor medida, socialistas. Al respecto, la bibliografía ha mostrado no únicamente el modo en que esa influencia se acentuó a partir de mediados de los años noventa, sino también el éxito relativo que conquistó el movimiento libertario en su afán por organizar a los trabajadores y dotarlos de una ideología contestataria. Frente a la propuesta gradual, reformista y centrada en la lucha político-electoral que impulsaban los socialistas, los anarquistas ofrecían, en cambio, una “militancia de urgencia” que, explica Juan Suriano, basada en la acción

⁴ Fernando Rocchi, “El imperio del pragmatismo: intereses, ideas e imágenes de la política industrial en la Argentina, 1860-1916”, en *Anuario IHES*, n° 13, Tandil, 1998. También Juan C. Korol, “Industria (1850-1914)”, en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, vol. VI. Buenos Aires: ANH, 2000.

⁵ M. Lobato y J. Suriano, *La protesta social...*, p. 26; M. Lobato, “Los trabajadores en la era del progreso”, en M. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Barcelona: Sudamericana, p. 473; Roberto P. Korzeniewicz, “Agitación obrera en la Argentina, 1887-1907”, *Ficha de Cátedra*, FFyL-UBA, 2005, p. 22.

directa y los discursos apasionados, se adaptaba mejor a los requerimientos y las expectativas de los integrantes del mundo del trabajo porteño, mezclado y cosmopolita.⁶

Por otra parte, el aumento de la conflictividad laboral y la radicalización ideológica del movimiento obrero condujeron a que los poderes públicos abandonaran la actitud en esencia prescindente que habían mantenido en un primer momento respecto de la *cuestión social*, en general, y de los conflictos laborales, en particular. Los perjuicios que el movimiento huelguístico comportaba a los intereses económicos dominantes determinaron la adopción de una posición activa que se tradujo fundamentalmente en la aplicación de fuertes medidas represivas. Sólo paulatinamente comenzó a asomar la convicción de que no bastaba con la pura coerción y que era necesario también instrumentar desde el Estado políticas laborales y de seguridad social que integraran a los trabajadores al sistema, para garantizar de ese modo la paz social.⁷ La respuesta predominante, sin embargo, continuó siendo la represión, avalada por una interpretación que vinculaba estrechamente el aumento de la agitación popular urbana con la emergencia de otros “nuevos males” que, como la delincuencia o la inmigración “indeseable”, traía consigo el proceso modernizador.⁸

Ahora bien, tomando como punto de partida esta descripción (evidentemente sintética y, por lo tanto, incompleta) del mundo del trabajo en Buenos Aires, lo que nos interesa, en rigor, es instalarnos en una coyuntura específica, ceñida a los años del cambio de siglo, para indagar en ese contexto, ya través del análisis de ciertos eventos, algunas de las formas, sentidos y reacciones que engendraba la presencia de los trabajadores, sus organizaciones y sus reclamos en el espacio público urbano.

La exhibición de “legiones de obreros”. El mitin industrial de 1899

Para comenzar, sugiero examinar el impacto causado por la masiva participación de trabajadores en un multitudinario mitin que en julio de 1899 efectuó la Unión Industrial Argentina (UIA). La elección puede resultar extraña a primera vista, puesto que la manifestación fue organizada por los empresarios. Sin embargo, merece la pena

⁶ Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial, 2001, p. 19; J. Suriano: “El anarquismo”, en M. Lobato (dir.), *El progreso...* También Ricardo Falcón, “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)”, en *Anuario*, n°12, Escuela de Historia-UNR, Rosario, 1986.

⁷ Juan Suriano, “El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916”, en *Anuario*, n°14, Escuela de Historia-UNR, 1989.

⁸ Tulio Halperin Donghi, “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”, en T. Halperin Donghi, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.

detenerse a revisar el episodio, pues permite apreciar la peculiaridad de las representaciones generadas por el desfile de “legiones” de obreros que marchaban *junto con* sus patrones, movilizadas y organizadas *por ellos*. Una situación como ésta no se iba a reiterar por muchos años; por el contrario, el advenimiento de la conflictividad social muy pronto tornó intransitable el “camino de la armonía” que la UIA pretendió marcar en un primer momento. En adelante, y cada vez más, “las tensiones fueron percibidas como una amenaza” y los empresarios optaron por recurrir a la fuerza para enfrentar las demandas laborales.⁹

La demostración de la UIA fue organizada en respuesta a otra que unas semanas atrás habían efectuado los comerciantes importadores para exigir la disminución de los aranceles que gravaban la introducción de artículos extranjeros. El reclamo afectaba directamente los intereses de los fabricantes locales que se beneficiaban de la protección aduanera y que resolvieron, por lo tanto, realizar su propio acto. La iniciativa se concretó el día 26 de julio y, a juzgar por los testimonios, fue un éxito. Una “enorme masa del pueblo” (unas 60 mil personas según las crónicas, más de 80 mil para los organizadores) acudió en representación de “todas las ramas de la industria, desde las más encumbradas a las más humildes”. Los porteños estaban habituados a presenciar grandes manifestaciones, no obstante lo cual el mitin de la UIA resultó especialmente impactante. Los relatos periodísticos comentaron entusiasmados el descubrimiento de la “ciudad manufacturera” que crecía en Buenos Aires (“ni los que hemos nacido y vivido siempre en la capital de la República suponíamos que la fuerza industrial fuera tanta”) y observaron con asombro la “cantidad inmensa de obreros” que habitaban en ella.¹⁰

En efecto, la admiración que consiguió suscitar la manifestación de la UIA se debió primordialmente a la exhibición que los patrones hicieron de sus “falanges” de asalariados. La escena causó “viva curiosidad” y evocó una serie de imágenes reconfortantes. Las notas alabaron la “compostura” guardada por los manifestantes y celebraron muy particularmente la armonía que presuntamente reinaba entre patrones y obreros:

En los centros manufactureros del viejo mundo, la industria se ve combatida por crueles disensiones intestinas, de un lado el capital, del otro el trabajo, en constante recelo, a menudo en pugna. Aquí —lo estamos viendo— patrones y

⁹ F. Rocchi, “El largo camino a casa: Empresarios, trabajadores e identidad industrial en la Argentina, 1880-1930”, en J. Suriano (comp.), *La cuestión social ...*, p. 174.

¹⁰ *El Tiempo*, Buenos Aires, 27 de julio de 1899.

obreros vienen con las manos entrelazadas, como en el símbolo de nuestro glorioso escudo.¹¹

En el mismo sentido, la participación femenina en el mitin (muy numerosa) motivó, además de comentarios halagüeños acerca del “cuadro vistoso y pintoresco” que componían las trabajadoras ataviadas en sus “trajes de vivos colores”, elogios a propósito del papel civilizador y dignificante que cumplía la industria desde el momento en que les brindaba a esas mujeres la posibilidad de ganar un sueldo “honradamente” y de alcanzar “su emancipación por el trabajo”.¹²

Lo cierto, empero, es que junto con esas visiones, la movilización engendró otras, menos alentadoras:

Pero también hemos visto algo sombrío en el *meeting*. Centenares y millares de criaturas de ambos sexos, arrancadas a la escuela, al aire, a la luz, [...], para encerrarlas en talleres que no siempre ofrecen condiciones higiénicas.

Eran —explicaban las crónicas— niños y niñas “de corta edad”, cuya “prematura aplicación al trabajo les ha comunicado un aire macilento y teñido de palidez anémica”, y que al marchar dando “visibles señales de cansancio”, se constituyeron en la “nota triste” de la jornada.¹³

Llama la atención, en principio, que los empresarios no hayan intentado ocultar aquella cara, la más brutal, de la explotación que sufrían los trabajadores. Sucede, en realidad, que la descarada exposición de los pequeños obreros formaba parte de una táctica que los industriales implementaban premeditadamente con el objeto de resaltar, ante la sociedad y ante las autoridades, el peligro que entrañaba una política que, como la reducción de los aranceles que demandaban los comerciantes importadores, redundara en el eventual cierre de las fábricas y demás establecimientos manufactureros. Esa “estrategia del miedo”, como la ha denominado Fernando Rocchi, operaba en el marco de las inquietudes que despertaban la conflictividad social en aumento y el arraigo que tenían en el seno del movimiento obrero de las ideologías

¹¹ Palabras que pronunció el diputado Emilio Mitre al recibir la petición que los industriales llevaron hasta el Congreso. *Boletín de la UIA*, 20, de agosto de 1899. Véase también *La Prensa* y *La Nación* del 27 de julio de 1899, y *Caras y Caretas*, 29 de julio de 1899.

¹² *El Tiempo*, 27 de julio de 1899; también *Tribuna*, 20 de julio de 1899. R. Acerca de las representaciones de las mujeres obreras y la tensión entre virtud y deshonra que aparecía asociada al trabajo en las fábricas, véase Mirta Lobato, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires: Edhasa, 2007, cap. 6.

¹³ *La Prensa* y *El Tiempo*, 27 de julio de 1899. Respecto del uso de mano de obra infantil en las industrias porteñas, ver Juan Suriano, “Niños trabajadores”, en D. Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990.

“disolventes” (el socialismo y el anarquismo). Los empresarios de la UIA explotaban esos temores con la esperanza de fortalecer las posiciones proteccionistas. Porque si el espectáculo de los niños pálidos y extenuados por el trabajo en las fábricas era perturbador, mucho más lo era la perspectiva de que quedaran desocupados y peregrinando por las calles, expuestos a convertirse en vagos, delincuentes o, peor aún, en agitadores.

Por el momento, entonces, el proceder de los empresarios se circunscribía a tales arbitrios y a la implementación de ciertas formas de paternalismo, tendientes a frenar el ascendiente que ganaban las posiciones contestatarias entre los trabajadores. De hecho, a pesar de las encendidas denuncias que en ocasión del mitin formularon los grupos de izquierda, afirmando que la asistencia de los obreros había sido lograda bajo coacción, no habría que subestimar el peso que pueden haber tenido otros mecanismos (no compulsivos) de reclutamiento. Según describen las crónicas, el ambiente en que se efectuó la manifestación era a la vez calmo y animado. Los trabajadores, “engalanados con sus mejores prendas”, se habían congregado desde temprano en los alrededores de los establecimientos, para trasladarse luego hasta la Plaza de Mayo conducidos por sus patrones. Estos, por su parte, habían puesto a disposición de los obreros —y en especial de las obreras— convoyes de tranvías porque sabían que “era imposible hacerles hacer a pie viajes tan largos como el que media del centro de la ciudad al radio donde están establecidas las principales fábricas”.¹⁴

Con todo, lo cierto es que prontamente la opción del paternalismo se reveló insuficiente. A medida que se exacerbaban las tensiones con los trabajadores y se extendía la influencia de los sectores más radicales, los empresarios fueron abandonando el designio de conformar una “gran familia industrial” y acudieron a las autoridades para presionar a favor de la represión de la protesta social.¹⁵ En ese contexto, los patrones resignaron también el anhelo de hacer desfilar por las calles de la ciudad a *sus* operarios, ordenada y “civilizadamente”. En lugar de ello, se afianzó la ocupación obrera de la geografía urbana pero en tanto una herramienta de protesta y de lucha a la que recurrían los trabajadores y quienes aspiraban a dirigirlos. No era ésa, ciertamente, una novedad, pero revestía hacia el novecientos una visibilidad de la que antes carecía. Y también se tornaron particularmente visibles las controversias que

¹⁴ *La Prensa*, 27 de julio de 1899. Roy Hora, “La política económica del proteccionismo en Argentina, 1870-1914”, *International Economic History Congress*, Helsinki, 2006.

¹⁵ F. Rocchi: “Un largo camino a casa”, p. 180.

enfrentaban a socialistas y anarquistas acerca del uso que respectivamente efectuaban (o pretendían efectuar) de la calle como ámbito de acción política.

El reclamo a los poderes públicos. La manifestación de los desocupados en agosto de 1901

Como decíamos, la masiva presencia obrera en la manifestación de la UIA sorprendió e indignó a los voceros de los grupos de izquierda. Enemigo acérrimo de la protección aduanera, a la que consideraba un impuesto al consumo cuyo peso recaía sobre los más pobres, el periódico socialista *La Vanguardia* juzgaba un sinsentido la participación de los obreros en un acto para reclamar medidas que sólo beneficiaban a sus “explotadores”. Más aún, a modo de reacción lanzó una convocatoria “al pueblo trabajador, al pueblo consumidor, para realizar un *meeting* suyo, genuino”.¹⁶

El plan, sin embargo, se frustró. La carestía de los bienes de primera necesidad y, más en general, el aumento del costo de vida constituía un problema que abrumaba a los trabajadores. Pero, en el marco de la campaña que la UIA emprendió a favor de la tarifa aduanera y en defensa de la industria, el respaldo de los obreros a esas consignas se explica también por el hecho de que dependían de ese empleo para sobrevivir. Dos años después, de hecho, el Partido Socialista promovió una nueva iniciativa, esta vez para reclamar contra la desocupación, que conquistó considerables apoyos. El 12 de agosto de 1901 “millares de obreros que se encuentran sin trabajo” marcharon a la Casa de Gobierno para exigir “que los poderes públicos se atendieran, con la premura que exigían las circunstancias, a la angustiosa situación” que padecían.¹⁷

Acerca de la cuestión del desempleo, habría que distinguir dos niveles de causalidad. Por una parte, un factor coyuntural: una relativa desaceleración económica que si bien no poseía en modo alguno la magnitud del cataclismo producido en 1890, repercutía negativamente en el sector industrial, en el comercio y en la construcción. Las causas eran múltiples, iban desde una crisis de sobreproducción industrial hasta la eventualidad del estallido de un conflicto armado con Chile.¹⁸ Pero, más allá de los factores circunstanciales, es preciso tener en cuenta otros aspectos, de carácter estructural, y en primer lugar —como señalábamos anteriormente— la irregularidad y la

¹⁶ *La Vanguardia*, 29 de julio de 1899; también 5 de agosto 1899.

¹⁷ Ver *La Prensa* y *La Nación*, 13 de agosto de 1901; *Caras y Caretas*, 17 de agosto 1901. Según *La Vanguardia*, de la demostración participaron más de 15 mil personas. Aunque seguramente se trata de una cifra exagerada, cabe suponer que la asistencia fue muy numerosa.

¹⁸ F. Rocchi, “El péndulo de la riqueza. La economía argentina en el período 1880-1916”, en M. Lobato (dir.), *El progreso ...*, p. 59.

precariedad del empleo urbano. Al respecto, los testimonios que ofrecen las fuentes son elocuentes. Se habla, por ejemplo, de auténticos “enjambres de obreros” que pululaban en los barrios de la Boca y Barracas, “algunos de ellos con trabajo intermitente que, a duras penas les da para vivir al día; otros sin él, y todos sujetos a una vida penosa, llena de zozobra, angustias y estrecheces”.¹⁹

Tal fue el contexto en que el Partido Socialista decidió organizar un mitin para acompañar la entrega al gobierno de un documento pidiendo medidas tales como la creación de una oficina del trabajo, la confección de un censo de desocupados y la sanción de una ley prohibiendo el trabajo de menores en las fábricas y talleres. Todo ello formaba parte de una concepción que reconocía a los poderes públicos como interlocutores válidos y que contemplaba, entre las estrategias políticas que debían utilizar los trabajadores, el acudir a esos poderes para reclamar reformas y leyes laborales. El tono crítico del orden social existente que impregnaba esos reclamos, se expresaba por medio de las banderas y los “estandartes rojos” que los manifestantes enarbolaban orgullosamente frente a los “millares de espectadores” que, aglomerados en las aceras de la Avenida de Mayo o asomados a los balcones de los edificios adyacentes, seguían con interés la marcha de la columna.²⁰

Pero precisamente esa visibilidad, que por un lado cooperaba, a través del despliegue de los símbolos y de la fuerza del número, a la exteriorización de una identidad colectiva de los trabajadores, podía devenir también, por el otro lado, en un motivo de preocupación para los dirigentes socialistas, que se hallaban empeñados en producir una determinada imagen del partido. En efecto, los organizadores del “meeting de los desocupados” aspiraban a que la movilización, a la vez que una ocasión para hacer públicas las demandas al respecto, se convirtiera asimismo en la oportunidad de “desvirtuar el mal concepto que tienen algunos” de la agrupación y demostrar, por el contrario, que era “un partido de orden que busca su desenvolvimiento dentro del ambiente legal”.²¹

Al principio, las expectativas forjadas en relación con ello parecieron cumplirse. La manifestación partió de la plaza Lorea y recorrió todo el trayecto de la Avenida de

¹⁹ *La Prensa*, 25 de agosto de 1901, reproducido en Ricardo González, *Gente y sociedad. Los obreros y el trabajo. Buenos Aires 1901*. Buenos Aires: CEAL, 1984, pp. 50-57.

²⁰ *La Prensa* y *La Nación*, 13 de agosto de 1901. Sobre el despliegue simbólico como elemento de creación de una identidad compartida por parte de los trabajadores, ver Aníbal Viguera, “El Primero de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, n° 3, Buenos Aires, 1991; J. Suriano, *Anarquistas ...*

²¹ *La Prensa*, 13 de agosto de 1901.

Mayo “a paso lento, serenamente y en perfecto orden”, hasta arribar a la Plaza de Mayo. Una vez instalada la concentración frente a la Casa de Gobierno, sin embargo, “una ensordecedora tempestad de silbidos” saludó la aparición del presidente Julio Roca en el balcón del edificio. Roca había salido a recibir la solicitud que traía el mitin, pero las demostraciones hostiles lo obligaron a retirarse apresuradamente, “muy contrariado”. Las crónicas no dejaron de señalar “cuánto tenía de violenta la situación” de los delegados socialistas que habían sido recibidos por Roca y que se encontraban junto a él en el balcón de la Casa Rosada. Rápidamente, una vez cumplido el trámite de la entrega de la solicitud, dispusieron la desconcentración de los asistentes al mitin.

Al día siguiente, el Comité Ejecutivo del Partido Socialista envió a los principales diarios una nota afirmando que declinaba “toda responsabilidad” en las muestras de “falta de educación” ocurridas durante el acto y sugiriendo además que las mismas habían sido obra de “elementos extraños” que se habían mezclado entre los manifestantes. A la dirigencia le preocupaba especialmente hacer de las apariciones públicas del partido una confirmación no sólo del contenido sino también de la forma que pretendía imprimirle a su propuesta política. El objetivo era mostrar que los trabajadores socialistas se manifestaban pacíficamente, para peticionar a las autoridades pero sin transgredir los límites establecidos.²² Y por eso también las disputas que a propósito del uso de la calle mantenían con los anarquistas, quienes criticaban duramente las manifestaciones organizadas por el socialismo. A propósito del mitin de los desocupados, *La Protesta Humana* descalificó luego en los peores términos lo que a su juicio no había sido sino una “farsa”:

En verdad que no sabemos qué admirar más, si la mansedumbre de ese ejército de hambrientos, la estulticia de los que lo llevaron en vergonzosa procesión, o la desfachatez de los gobernantes, que desde los balcones, peroran a los descamisados como empedernidos demagogos.²³

Las críticas se basaban en el rechazo que el anarquismo propugnaba de la estrategia reformista impulsada por los socialistas. En el mismo sentido, el periódico *El Rebelde* les recriminaba a los dirigentes del Partido Socialista porque “fueron en comisión a putañar” con el presidente Roca y “recorrieron en comparsa” la Avenida de Mayo,

²² A. Viguera, “El Primero de Mayo ...”, p. 56; Ricardo Martínez Mazzola, “Entre radicales, roquistas y pellegrinistas. El Partido Socialista durante la segunda presidencia de Roca (1898-1904)”, en H. Camarero y C. Herrera (comp.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e idea a través de un siglo*. Buenos Aires, Prometeo, 2005, p. 93.

²³ *La Protesta Humana*, 17 de agosto de 1901.

acarreando a una “gran majada de ovejas” con el único objeto de “recordar a los poderes públicos que el pueblo sufre miseria”. Pero lo que los “pedigüenos” olvidaban, se quejaba irónicamente *El Rebelde*, era que “el gobierno representa a la clase explotadora, y que está imposibilitado de dar al pueblo algo en perjuicio de los intereses capitalistas”.²⁴

Los libertarios propugnaban una “retórica violenta” y una “gestualidad agresiva” que debían caracterizar las demostraciones hechas por los trabajadores, evidenciando con ello no sólo la negativa a solicitar la intervención gubernamental, sino el rechazo frontal del Estado y sus instrumentos, así como la voluntad de alterar radicalmente el orden social y político establecido.²⁵ Cuando al año siguiente se efectuó una nueva protesta contra la desocupación, pero impulsada esta vez por la Federación Obrera Argentina (la FOA, de tendencia anarquista), el tono y las formas de la movilización fueron diferentes: abundaron las “voces fuertes de ¡Abajo la burguesía! ¡Vivan los proletarios!” Frente al Club del Progreso, “los manifestantes se detuvieron, mientras que las personas que se hallaban adentro pasaron a llenar los balcones. Los obreros prorrumpieron entonces en una manifestación hostil a los de arriba, algunos saludaban burlescamente, y entonces hubo una andanada de epítetos crudos”. La demostración concluyó entre “cascotes” lanzados contra la policía, gritos de “¡Abajo la autoridad!” y las violentas embestidas de los agentes contra los trabajadores.²⁶

Escenas como éstas se reiteraban en las apariciones públicas del anarquismo, en claro contraste con la moderación que pretendían (aunque no siempre lograban) adjudicarle los socialistas a las suyas. El debate por el sentido y la forma que cada corriente buscaba darle a la manifestación callejera involucró también, como ha mostrado la bibliografía, las discrepancias surgidas respecto del temperamento festivo o luctuoso, de celebración o de protesta, que debía revestir la conmemoración del Primero de Mayo.²⁷ Pero, lo importante es tener presente que la controversia que emergía en relación con la manera de ocupar el espacio urbano traducía, en realidad, un enfrentamiento más global que ambas fuerzas poseían en el plano político e ideológico, acerca de los caminos y la esencia de la transformación social que perseguían. Al mismo tiempo, y más allá de las intenciones de los protagonistas, lo cierto es que los significados que iban cristalizando en torno a la “presencia pública obrera” dependían

²⁴ *El Rebelde*, 17 de agosto de 1901.

²⁵ J. Suriano, *Anarquistas ...*, p. 325.

²⁶ *La Nación*, 4 de agosto de 1902.

²⁷ Ver A. Viguera, “El Primero de Mayo”; J. Suriano, *Anarquistas ...*, p. 322.

también, estrechamente, de los “desciframientos” que realizaban destinatarios y observadores: los gobernantes, el Congreso, los patrones, la elite política e intelectual, la prensa, etcétera.²⁸

La protesta contra la unificación de la deuda externa. Síntomas de una “enfermedad oculta”

En general, la indulgencia e incluso el beneplácito con que usualmente eran contempladas las demostraciones de los socialistas contrastaban con la hostilidad y las prevenciones que las intervenciones de los anarquistas suscitaban tanto en los discursos como en la práctica. Las denuncias sobre el “carácter tumultuoso” de las apariciones públicas del anarquismo coincidían con la mayor agresividad que en esas ocasiones solían desplegar las fuerzas policiales contra los manifestantes.

En ese marco, atravesado por percepciones ambivalentes, fue decantando la convicción de que era necesario fijar límites y controles a la expresión de protesta obrera en la ciudad. Un momento clave, en ese sentido, fue el estallido de la huelga general a fines de 1902 y la profusión de discursos crispados que acompañaron la sanción de la Ley de Residencia. Nos ocuparemos de ello enseguida, antes sin embargo resulta interesante reparar en un episodio que previamente, en julio de 1901, fomentó la súbita aparición de una serie de aseveraciones alarmadas y alarmistas. Las acusaciones sobre la supuesta participación de “elementos” socialistas y anarquistas en una violenta protesta que se desató entonces contra un proyecto financiero del gobierno carecían de fundamento, pero nos hablan aún así del impacto que causaba en la sociedad porteña la creciente visibilidad del conflicto social.

Los hechos se desencadenaron a partir del repudio causado por una iniciativa que impulsaban el Roca y su Ministro de Hacienda para la renegociación de la deuda externa y que, según las reiteradas denuncias de la prensa opositora, dañaba seriamente el honor y la soberanía nacionales. Los estudiantes universitarios se hicieron eco de las aseveraciones periodísticas y resolvieron iniciar una protesta. Inesperadamente, no obstante, lo que había comenzado como un movimiento estudiantil se transformó en un verdadero motín urbano que se prolongó durante varios días, ocasionando una extraordinaria conmoción. La multitud (engrosada por “grupos de pueblo” pero liderada por los jóvenes) se lanzó a atacar las imprentas de los diarios oficialistas, la residencia

²⁸ S. Sigal, *La Plaza ...*, p. 140.

particular del presidente Roca y la casa del senador Carlos Pellegrini, quien había sido el encargado de negociar en Londres con los acreedores la propuesta de las autoridades argentinas.

Las manifestaciones concluyeron luego de que el Congreso autorizara la declaración del estado de sitio en la Capital y cuando el Poder Ejecutivo decidió resignar el cuestionado proyecto. Aplacados los desórdenes callejeros (que dejaron varios detenidos, unos cuantos heridos e incluso algunos muertos), continuaban resonando sin embargo los ecos de los alarmados alegatos que se habían formulado en el Parlamento, durante los debates que precedieron a la aprobación del estado de sitio. Ya el presidente Roca y el Ministro del Interior habían hablado, en el mensaje que enviaron a las Cámaras, de “elementos mal avenidos con el orden social”, sindicándolos como los presuntos autores de los “hechos sangrientos” que habían sacudido a la ciudad. “Eso demuestra”, sostenía el documento, “que estamos delante de un síntoma que puede corresponder a una enfermedad oculta”²⁹ En consonancia con esas advertencias, las deliberaciones en el Congreso estuvieron cruzadas por repetidas alusiones a la “canalla desbordada” y los “elementos malsanos” que, aglomerados “a la sombra” de los estudiantes, habían perpetrado supuestamente los mayores “escándalos”. En un informe que elevó a los legisladores, el Jefe de Policía fue aún más contundente y atribuyó lo acontecido a la “acción perturbadora de socialistas, anarquistas y anticlericales”.³⁰

Los voceros de los grupos de izquierda salieron a rechazar categóricamente tales acusaciones y todo indica que las desmentidas eran verosímiles, pues “no hay ninguna razón para suponer que tenían lazos con un tema tan extraño a sus intereses”.³¹ En todo caso, está claro que no consintieron ni mucho menos alentaron la participación de los trabajadores en las movilizaciones de julio de 1901. Precisamente por eso, llama la atención el hecho de que el debate parlamentario para la aprobación del estado de sitio se haya deslizado hacia aquello que el entonces diputado Joaquín V. González definió como “un terreno nuevo que la constitución no ha dejado de prever y que es el solo orden social”. Se refería a la ligazón entre la protesta popular urbana (particularmente

²⁹ Mensaje del Poder Ejecutivo al Congreso, *Boletín Oficial de la República Argentina*, 5 de julio de 1901.

³⁰ Véase los *Diarios de Sesiones* de las Cámaras de Senadores y Diputados del Congreso Nacional, 4 de julio de 1901.

³¹ Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México: Siglo XXI, 1978, p. 195. Por ejemplo *La Vanguardia*, 13 de julio de 1901; *La Protesta Humana*, 7 de julio de 1901; *El Rebelde*, 14 de julio 1901.

bajo la forma de la conflictividad obrera) y el problema inmigratorio, que comenzaba a ser visto como tal. El senador Miguel Cané, autor de un postergado proyecto para la expulsión de “extranjeros indeseables”, lo expresó claramente: se trataba de “salvar” al organismo social amenazado “no ya por cuatro jóvenes inexpertos que salen a la calle”, sino por un “mal” que había que arrancar de raíz. En igual sentido, González afirmó que era imperioso dotar a los poderes públicos de instrumentos legales que les permitieran vigilar, arrestar y “quizás expulsar del país elementos perturbadores que traen a nosotros, a nuestro suelo, todas las resacas sociales de otros pueblos donde son perseguidos con más energía que aquí”.³²

En realidad, no iba a tardar en llegar la oportunidad de traducir en medidas concretas esta concepción basada en la criminalización de la protesta social y en la utilización de motivos xenófobos para justificar su represión. En noviembre del año siguiente el Congreso sancionó la Ley de Residencia por la que se facultaba al Poder Ejecutivo para expulsar del país a los extranjeros cuya conducta supuestamente perturbara el orden público. Las disposiciones nuevas fueron recibidas con satisfacción por quienes pugnaban por el uso de la fuerza, pero motivaron también, es importante consignarlo, la crítica airada de aquellos que –como el diario *La Prensa*— defendían la legitimidad de los reclamos obreros y censuraban, en cambio, la “criminal” indiferencia que al respecto reinaba en las esferas oficiales.

La huelga general de 1902

La ciudad paralizada. Huelga, agitación obrera y reacciones

La huelga general de 1902 fue precedida por una escalada de conflictos que se sucedieron desde principios del año anterior. Buena parte de esas luchas obreras concluyeron con concesiones que los patrones se vieron obligados a hacer, lo cual fue acentuando el descontento y las demandas que las organizaciones empresariales dirigían al gobierno exigiéndole que interviniera para resguardar “la libertad de trabajo” y para reprimir a los huelguistas. Se fueron incrementando también la violencia y los choques con los rompohuelgas contratados por los empleadores.³³ En este proceso el anarquismo desempeñó un papel determinante. No sólo se había hecho con el control de sindicatos estratégicos –como era el caso de los portuarios, los conductores de carros y

³² *DSCS* y *DSCD*, 4 de julio de 1901, pp. 107 y 270 respectivamente.

³³ I. Oved, “El trasfondo histórico de la Ley 4.144 de Residencia”, en *Desarrollo Económico*, n° 61, 1976; J. Suriano, *Trabajadores, anarquismo y Estado represor: de la Ley de Residencia a la Ley de Defensa Social*. Buenos Aires: CEAL, 1988, pp. 10 y 11.

los peones del Mercado Central—, sino que asimismo hegemonizaba la recientemente creada FOA, que reivindicaba la huelga general como principal arma de lucha. La cuestión de la huelga general generaba fuertes controversias con los socialistas, pero los anarquistas defendían esa alternativa en el marco de la “militancia de urgencia” que profesaban y que “implicaba subordinar el pensamiento a la acción y la planificación a largo plazo del proceso revolucionario al inmediatismo y a la aceleración de los tiempos políticos”.³⁴

Las tensiones detonaron, finalmente, en noviembre de 1902. Se inició entonces una nueva ola de huelgas protagonizadas por los peones de las barracas del Mercado Central de Frutos, la Sociedad de Estibadores y la Federación de Rodados.³⁵ El 21 de ese mes las actividades en el puerto de Buenos Aires y en el Mercado Central se hallaban totalmente suspendidas. El diario roquista la *Tribuna*, portavoz del gobierno, tuvo que admitir que “nos hallamos en presencia de la huelga de mayores proporciones de todas las que se han realizado entre nosotros”.³⁶ En plena época de exportación de lana y de granos, las consecuencias amenazaban con ser desastrosas para los empresarios, quienes reforzaron entonces su presión sobre las autoridades. El Poder Ejecutivo resolvió entonces presentar en el Congreso el proyecto de Ley de Residencia. Reunido en sesión extraordinaria el sábado 22 de noviembre, el Senado lo aprobó apresuradamente y lo mismo hicieron los diputados, aunque no sin cierto debate. Esa misma noche la FOA declaró “solemnemente la huelga general”.

La huelga se extendió con rapidez. Se incorporaron nuevos gremios y miles de trabajadores respondieron a “la propaganda de las comisiones huelguistas diseminadas por toda la ciudad”. Las descripciones hacían especial hincapié en el papel promotor de la huelga que cumplieron las mujeres, las cuales no aparecían ya —como en el mitin industrial de 1899— brindando una “nota simpática y amable”, sino asumiendo una actitud inequívocamente combativa:

Fue en ese momento cuando comenzó a actuar la mujer obrera, que no sólo se declaró partidaria de los huelguistas, sino que, convertida en activa propagandista, consiguió atraer a la huelga a un número crecido de trabajadores, que hasta ese instante habían permanecido indiferentes a la misma.³⁷

³⁴ J. Suriano, “El anarquismo”, p. 299.

³⁵ I. Oved, “El trasfondo ...”, p. 145-147.

³⁶ *Tribuna*, 21 de noviembre de 1902.

³⁷ *El País*, 24 de noviembre de 1902; *La Prensa*, 1 de enero de 1903. La participación de las mujeres en los conflictos laborales tuvo mayor visibilidad precisamente a partir del año 1902, ver M. Lobato, *Historia de las trabajadoras*, p. 124.

Las descripciones subrayaban, asimismo, la peculiar animación que, a medida que crecía el movimiento, invadía “los populosos barrios obreros de la Boca y Barracas”. La efervescencia se advertía a cada paso:

[...] en las puertas de los cafés, en las esquinas de las calles, en las proximidades de las fabricas en cualquier punto donde media docena de obreros se congregaba, surgía a los pocos momentos un orador que defendía la causa, incitando al movimiento.³⁸

Los grupos estacionados en las esquinas repartían manifiestos y periódicos de huelga con el objeto de consignar “minuciosamente todos los acontecimientos del día” e “impedir que los hechos sean tergiversados en contra de los intereses de la clase obrera”.³⁹

Los cronistas se lanzaron a explorar aquel entorno convulsionado. “Esta mañana visitamos en la Boca, Barracas y la ribera, los principales centros de reunión de las comisiones de resistencia.”⁴⁰ Se introdujeron en los locales de los gremios que se hallaban atestados de huelguistas, “pues todos van al ‘centro’, donde la palabra del ‘compañero valiente’ viene a sustituir al salario que no percibirán, porque están en huelga”. Las discusiones continuaban fuera de las sociedades, en “los cafés donde concurren habitualmente los obreros”. “A ciertas horas”, relataba *La Prensa*, los despachos se convertían en “verdaderos clubs de propaganda colectivista”. Los trabajadores de paro se juntaban allí y siempre había “uno de los de la reunión indicado por todos para llevar la palabra de convencimiento a los oyentes”.⁴¹

La agitación que se percibía en “los barrios del sur” contrastaba, por otra parte, con la “paralización asombrosa” que reinaba en los diques del puerto, donde los barcos

³⁸ *El País*, 23 de noviembre de 1902. Si bien no existían en la ciudad de Buenos Aires diferenciaciones sociales urbanas muy marcadas, se habían conformado, sobre todo en la zona sur, barrios periféricos “crecidos al calor de la inmigración, cerca del puerto, las manufacturas, los depósitos y los mataderos”. S. Sigal, *La Plaza ...*, p. 193. También Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1870-1936*. Buenos Aires: UNQ, 2004, pp. 97 y 199.

³⁹ *El País*, 24 de noviembre de 1902. Al respecto, merece subrayarse la importancia que tenía la prensa obrera en tanto herramienta de propaganda y de lucha que utilizaban los trabajadores y sus organizaciones gremiales. M. Lobato, “Los trabajadores”, p. 494.

⁴⁰ *Tribuna*, 21 de noviembre de 1902. La noticia de la huelga general parece haber ofrecido la ocasión para que los reporteros gráficos hicieran una incursión al “exterior” obrero, como diría Julio Ramos. Véase Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 2003, pp. 133-142.

⁴¹ *La Prensa*, 21 de noviembre de 1902. Respecto de la relación entre los trabajadores y el café, ver Sandra Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910*. Buenos Aires, El Signo, 2000, p. 115. Evidentemente, la crítica social y política estaban también presentes en ese ámbito de sociabilidad obrera.

permanecían fondeados, en las barracas del Mercado Central, donde se apilaban las bolsas sin cargar, y en las “calles centrales” por las que circulaban “sólo contados vehículos”. Sin el “ruido y movimiento en que se refleja la actividad de los negocios”, Buenos Aires parecía no ser ella misma. “La ciudad bulliciosa” había cobrado “un aspecto silencioso, de pueblo mediterráneo”.⁴²

Previsiblemente, la declaración de la huelga general desencadenó un aluvión de comentarios aprensivos. Al principio, los reparos se centraron en las acciones intimidantes que llevaban a cabo los huelguistas, “tratando por todos los medios posibles de convencer a los que continuaban trabajando”. Pero conforme el conflicto se fue profundizando, las observaciones no tardaron en convertirse en un discurso hostil, dirigido contra los “elementos perturbadores” y los “empresarios de huelgas”. Con el correr de las horas, comenzaron a circular “rumores alarmantes”. Se habló de dos policías muertos en “choques sangrientos” y de contingentes de obreros provenientes de la Boca y Barracas que “atacarían las calles centrales”. Evidentemente, la situación nunca alcanzó tal extremo; sin embargo, la posición oficial sostenía que era necesario prevenir “hechos criminales que se producen a la sombra de la huelga, [...] salvar a la sociedad de esos *estallidos anárquicos* que comprometen los intereses del país”.⁴³ Eran los mismos argumentos que ya había adelantado la *Tribuna* y que condensaban en la figura del extranjero “agitador” un variado espectro de amenazas. Había que saber distinguir entre los inmigrantes que eran factor de progreso y aquellos otros “hombres peligrosos” que, expulsados de sus países, recalaban en la Argentina trayendo consigo el germen del odio y del crimen.⁴⁴

La tendencia dominante consistía, por lo tanto, en presentar los problemas obreros como el resultado de la acción disolvente de influencias ajenas a la sociedad porteña, lo cual implicaba –por otra parte— convertirlos en una cuestión de índole exclusivamente policial. A ello se sumaba la convicción de que, por intermedio del instrumento de las huelgas, el movimiento obrero organizado representaba una seria amenaza para “la riqueza pública y las fuentes de la prosperidad nacional”.⁴⁵ Es claro,

⁴² *Caras y Caretas*, 29 de noviembre de 1902; *Tribuna*, 21 de noviembre de 1902. El silencio y la ausencia de movimiento eran dos rasgos de ese paisaje atípico que todas las crónicas señalaron.

⁴³ Intervención del senador Domingo Pérez, *DSCS*, 22 de noviembre de 1902, p. 658. Las cursivas son nuestras.

⁴⁴ Véase el debate que precedió a la sanción de la Ley de Residencia, *DSCS* y *DSCD*, 22 de noviembre de 1902, pp. 657-674.

⁴⁵ Mensaje leído por el presidente Roca en la apertura del Congreso al año siguiente, *Publicaciones del Museo Roca*, Documentos III, 1966, p. 93.

en ese sentido, que aunque originalmente concebida con el propósito de reprimir a los “agitadores”, la Ley de Residencia devino rápidamente una herramienta destinada “a frenar los avances de la sindicalización”.⁴⁶ En lo inmediato, sin embargo, no consiguió terminar con la huelga.

El “soberano desdén” de los gobernantes. Las denuncias de La Prensa

En la madrugada del lunes 24 de noviembre se registró en un café de la esquina de Humberto I y Buen Orden un “caso de índole criminal” que hizo recrudecer las críticas acerca de la violencia con que actuaban los promotores de la huelga. Un agente de policía sufrió un “bárbaro atentado” cometido, presuntamente, por obreros huelguistas que le arrojaron “a la cara un frasco con vitriolo que lo quemó horrorosamente”. Como consecuencia del ataque, el policía quedó ciego y desfigurado.⁴⁷ La noticia causó conmoción e inmediatamente se sucedieron los pedidos exigiendo que se aplicara “todo el peso de la ley” para castigar un “atentado cobarde” que había traspasado los límites de lo tolerable.⁴⁸ Ese mismo lunes, el Parlamento sancionó a pedido del Poder Ejecutivo el estado de sitio y, a partir de entonces, la represión se intensificó. Con el apoyo de soldados y piquetes de caballería, las fuerzas policiales dispusieron la clausura de varios locales obreros, a veces “con violencia”. Mientras tanto, con el expediente de la Ley de Residencia, continuaban las detenciones y las deportaciones de supuestos instigadores extranjeros.

En ese clima, predominantemente adverso a la huelga, se alzó –sin embargo— una voz discordante. El diario *La Prensa* salió al cruce de las expresiones alarmistas, para impugnar, en cambio, el criterio a su juicio “arbitrario y violento, draconiano”, con que había sido instrumentada la represión.⁴⁹ Más aún, una vez levantado el estado de sitio, el periódico aprovechó la recobrada libertad para publicar una serie de reportajes e informes sobre los atropellos cometidos por las fuerzas de seguridad contra “la mayoría de la población obrera de Buenos Aires”. Las notas, armadas con base en los testimonios recopilados por cronistas del diario, narraban las “injusticias” que habían

⁴⁶ T. Halperin Donghi, “¿Para qué la inmigración?”, p. 222.

⁴⁷ *Caras y Caretas*, 29 de noviembre de 1902.

⁴⁸ Véase, por ejemplo, *La Nación*, 24 de noviembre de 1902.

⁴⁹ *La Prensa*, 1 de enero de 1903.

sufrido los detenidos y deportados, así como la desazón en que habían quedado sumidas sus familias.⁵⁰

Las denuncias de *La Prensa* le valieron duros reproches del oficialista *Tribuna*, que le imputaba haber hecho “causa común” con los “agitadores y anarquistas”.⁵¹ Pero, lo cierto es que la posición del diario no era nueva. Ya en 1901 había impulsado una iniciativa sin precedentes consistente en la publicación, luego de una minuciosa investigación, de una sucesión de cuarenta artículos que bajo el título “Los obreros y el trabajo” describían la situación imperante en el mundo del trabajo urbano. Probablemente haya que ver en ese emprendimiento un rasgo de la modernización que experimentaba el periodismo en Buenos Aires a comienzos de siglo y cuyo ritmo *La Prensa* fijaba: el interés por los avatares de la gente común, la descripción de los ambientes y los sujetos sociales que poblaban la ciudad.⁵² Por otra parte, ciertos indicios sugieren que el esfuerzo del diario no pasó desapercibido para los trabajadores, que leían con “gran entusiasmo” las notas en que aparecían “estampadas [...] una por una, las diversas fases y alternativas a que los sujeta[ba] el progreso”.⁵³ Cuando se inició la escalada de conflictos que culminó en la proclamación de la huelga general, *La Prensa* respaldó los reclamos obreros y no dudó en ceder los salones de su edificio a los huelguistas para que efectuaran allí sus reuniones. A modo de justificación de su proceder, señaló que la policía, “llevada por un exceso de celo”, había clausurado “arbitrariamente” los locales de las sociedades obreras antes incluso de que entrara en vigencia el estado de sitio. Las reuniones, aclaraba, se habían llevado a cabo “sin que se produjera el más mínimo desorden” y sin que la policía se atreviera a disolverlas porque

⁵⁰ Ver, por ejemplo, *La Prensa*, 5 y 11 de enero de 1903. Entre los casos que la crónica del diario citaba se encontraban los de dos destacados militantes anarquistas: Santiago Locascio y Arturo Montesano. Respecto de este último, la nota aseguraba que la manera en que “el joven maestro” había sido “arrebatao de su hogar” había ocasionado “la muerte de su anciano padre”.

⁵¹ *Tribuna*, 24 y 25 de noviembre de 1902. Aparentemente, en plena huelga, los conductores de carros y los peones de los depósitos de carbón habían resuelto garantizar, sin embargo, la provisión de los insumos que el periódico requería para continuar funcionando. “El notable desinterés de estos trabajadores”, declaró entonces *La Prensa*, “compromete la gratitud de este diario”. *La Prensa*, 23 de noviembre de 1902.

⁵² Sobre la modernización periodística en Buenos Aires y el liderazgo que mantenía *La Prensa* en ese aspecto, véase Sylvia Saïtta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998, pp. 30-38.

⁵³ Palabras pronunciadas por el presidente de la Unión Obrera de Barracas. Según sostenía, los obreros aguardaban ansiosos la salida de cada nuevo artículo de la serie y se congregaban a leerlo en las fábricas y talleres. Ver *La Prensa*, 23 de noviembre de 1901. Aunque corresponda tomar con cautela estas afirmaciones, no hay que olvidar que el acceso que los trabajadores tenían a la prensa “burguesa” provocaba hondo malestar en los redactores de las publicaciones anarquistas. J. Suriano, *Anarquistas*, p. 201.

“indudablemente le imponían respeto la compostura y la cultísima actitud de que dieron ejemplo los obreros”.⁵⁴

La campaña de *La Prensa* a favor de los trabajadores se sustentaba también en la creencia de que se requería desarrollar formas adecuadas de intervención en el mundo obrero que colaboraran al mejoramiento “físico y moral” de los trabajadores. Esa posición contrastaba con aquella que prevalecía en las esferas gubernamentales y que, como dijimos, consistía en atribuir el aumento de la conflictividad social a causas “externas” y obrar, en consecuencia, oscilando entre la prescindencia y la coacción. En ese sentido, es posible afirmar que la postura del diario reflejaba el todavía incipiente crecimiento de las tendencias reformistas e integracionistas.⁵⁵ No obstante, es importante destacar el hecho de que la mirada que *La Prensa* construía acerca del “malestar obrero” se alimentaba asimismo, y en gran medida, del discurso extremadamente crítico que el diario poseía respecto del gobierno de Julio Roca más en general.

El periódico había asumido una actitud implacablemente opositora del Presidente y su círculo, a los que acusaba de “holgazanes”, corruptos y arbitrarios. Les recriminaba, en especial, el “soberano desdén” con que desatendían los reclamos populares, así como el divorcio en que se encontraban respecto de “las necesidades y las inspiraciones de la opinión”. Más todavía, esa indiferencia y sus corolarios (la impericia, el despotismo, los constantes errores de una administración desordenada y deshonesto) eran los motivos que, según el diario, avalaban el derecho del pueblo a protestar contra los gobernantes “ensoberbecidos”.⁵⁶ En más de una oportunidad, *La Prensa* transformó ese parecer en llamados explícitos para que constara en las calles, bajo la forma de una “explosión ruidosa”, la indignación que causaba la insensibilidad de las autoridades, su resistencia a escuchar la voz del pueblo. Pero, lo que me interesa subrayara aquí es que el apoyo a la protesta obrera se inscribía también dentro de esa dirección. El problema, desde ese punto de vista, era “el abandono” en que se hallaban los trabajadores y el menosprecio sistemático con que se topaban sus “reiteradas demandas”.⁵⁷ Es decir que, en la concepción de *La Prensa* el aumento del “malestar obrero” era una consecuencia —antes incluso que de la explotación económica— de los

⁵⁴ *La Prensa*, 1 de enero de 1903.

⁵⁵ J. Suriano, “El Estado argentino”.

⁵⁶ En *La Prensa* confluían la innovación periodística y una irreductible voluntad de intervención política. El diario que orgullosamente se proclamaba “moderno”, no renunciaba por ello a participar activamente de la escena política y, en particular, ejercía tenazmente la crítica abierta del gobierno de Roca.

⁵⁷ *La Prensa*, 28 y 29 de agosto de 1902.

vicios de un sistema gobernante arbitrario, corrupto y poco representativo. Y por eso, también, el contenido expresamente clasista de las luchas que llevaban a cabo los trabajadores y sus organizaciones se diluía para poner en cambio en primer plano la contienda que, de acuerdo con el diario, el pueblo sostenía con los “señores poderosos” desdeñosos de su parecer.⁵⁸

La insistencia con que esgrimía esa interpretación era lo que conducía a *La Prensa* a justificar las reivindicaciones obreras, aun si tomaban la forma de una huelga general que paralizaba la ciudad, y a censurar el uso de la fuerza para reprimirlas. Cuando se sancionó la Ley de Residencia y se aprobó el establecimiento del estado de sitio, las críticas del periódico recrudecieron. El gobierno, se quejaba, había subestimado primero los reclamos que los trabajadores hacían a través de huelgas parciales y de manifestaciones callejeras, pero luego, enfrentado a la contundencia de la huelga general, “se alarma y se asusta y lo único que se le ocurre es requerir el machete para ahogar la agitación”. Las autoridades faltaban a su deber y se negaban a evaluar las “causas reales y concretas” de la protesta obrera, pero —advertía *La Prensa*— olvidaban que “merecería el nombre de asesino el médico que, sin examinar al paciente, le aplicase el bisturí”.⁵⁹

Una breve observación para concluir

La perspectiva que esgrimía *La Prensa* no puede ser considerada al margen de las peculiaridades que exhibía la coyuntura del novecientos. Su postura se nutría, por un lado, de motivos de orden político (el discurso tenazmente crítico que el periódico poseía acerca del gobierno de Roca), pero se correspondía también con el carácter crecientemente visible y sin embargo todavía embrionario de la conflictividad social. En adelante, la intensidad que ésta habría de ganar así como la magnitud de las protestas, iban a tornar insostenible una posición tan desembozadamente indulgente como la que el diario se atrevía a enunciar entonces.

En 1909, por ejemplo, durante la llamada Semana Roja (que incluyó una nueva huelga general y una feroz represión policial que dejó varios muertos) la opinión de *La Prensa* resultó muy diferente. Aseguró que la medida decretada por las organizaciones obreras era “extrema y perjudicial” y censuró reiteradamente la “actitud violenta de los

⁵⁸ Sobre la confrontación planteada más en términos de opresión política que de explotación económica, ver Geoff Eley: “Edward Thompson, historia social y cultura política: la formación de la *esfera pública* de la clase obrera, 1780-1850”, en *Entrepasados*, n° 6, 1994, p. 125.

⁵⁹ *La Prensa*, 24 de noviembre de 1902.

huelguistas”.⁶⁰ No es el momento de reseñar aquí los pormenores de la evolución que llevó al periódico a modificar de tal modo su visión, como así tampoco de examinar el derrotero que concluyó en la formulación de una política estatal diseñada para excluir las tendencias sociales disruptivas y, simultáneamente, integrar al resto de los trabajadores al sistema.⁶¹ No obstante, creo que importa insistir en la especificidad de las circunstancias que hemos analizado en este trabajo y que, precisamente porque aún no habían decantado esas nuevas soluciones, permiten distinguir una variedad de miradas, reacciones y dilemas que planteaba el incipiente advenimiento de la “presencia pública obrera”.

He intentado reconstruir algunos trazos de ese heterogéneo panorama de representaciones y actitudes, y busqué hacerlo a partir de una sucesión de episodios significativos (manifestaciones callejeras y una huelga general) en los que la presencia obrera se tornó particularmente visible porque trascendía el ámbito cerrado de los lugares de trabajo. Me interesó indagar acerca de las reacciones que traía consigo la irrupción de los trabajadores, sus reivindicaciones y sus luchas, en el escenario abierto de la geografía urbana. El uso de las calles para exhibirse y proyectar sus demandas suponía no sólo para los destinatarios y observadores, sino también para los mismos protagonistas una alternativa todavía novedosa cuyas implicancias no se alcanzaba a apreciar con certeza. Las disyuntivas y las controversias que socialistas y anarquistas poseían acerca de la ocupación del espacio público o del empleo de la estrategia de la huelga general, impregnaban luego la forma y el sentido de esas acciones. Al mismo tiempo, desde la perspectiva de quienes buscaban definir cómo proceder en consecuencia, frente al impacto que producía la visión de los trabajadores movilizados o de la vida urbana alterada por los huelguistas, las reacciones oscilaban, no solamente entre la curiosidad y la aprensión, sino involucrando igualmente la defensa del derecho que tenían los “hombres de jornal” a protestar en las calles de la ciudad contra los gobernantes indiferentes y arbitrarios. Esas vacilaciones y algunos de sus corolarios (bajo la forma de discursos, apelaciones y medidas concretas) constituyen también, junto con los dilemas de que para sus propios impulsores comportaba el uso de la calle, la materia que hemos procurado explorar aquí.

⁶⁰ *La Prensa*, 3 y 4 de mayo de 1909.

⁶¹ J. Suriano, “El Estado argentino”, pp. 118-120.